

---

# La cacerola mágica

Cristina Nieto Coca

**C**uando la cacerola llegó a mis manos apenas sospechaba de su poder.

Ni siquiera había sido mi intención regresar con ella desde la Sierra de Andújar, al ir a inspeccionar la casa de la abuela Rosa. Lo cierto es que la vimos allí, en la despensa, abandonada junto a peroles y cucharas de palo y supimos que le sentaría bien volver al fuego y a las cocciones.

---

Total, la abuela ya no la iba a utilizar, desaparecida como estaba desde hacía cinco años –se la había declarado oficialmente fallecida-, y la antigüedad del artilugio evocaba recetas antiguas, de esas que no saben lo mismo si no se emplean los métodos de antaño.

Habíamos ido precisamente hasta allí a recoger lo poco que quedara de valor, antes de que se pusiese en venta la casa, bonito hogar rústico que haría las delicias de los senderistas. Mi madre ni siquiera consintió en aparecer; diez años llevaba sin hablarse con la abuela desde antes de su desaparición y quizás el sentimiento de culpa no le permitiera remover el pasado.

Yo, por mi parte, no pretendía trasladar muchas cosas, empecinada como estaba en que algún día terminaría por volver.

Entré en su casa como quien se sumerge en la cáscara de un caracol errante; anduve por los cuartos y pasillos como una exhalación, sin dejar que me embargara la nostalgia o cualquier otro recuerdo triste.

Solo titubeé al llegar a la cocina, su rincón favorito.

La recordé allí en medio, menuda, cortando patatas en su silla de mimbre. Repasé los estantes, ahora vacíos, que en otro tiempo albergaron mil y un bote de especias, la encimera en la que amasaba y daba forma a los pestiños y roscos de navidad, la despensa con las hileras colgantes de morcillas y chorizos rollizos y las largas ristras de ajos, aquellos que dispuestos alrededor de la casa en la víspera de Todos los Santos ahuyentaban los malos espíritus. Entre todo, debo admitir que la antigua cacerola marrón captó mi atención al instante; cuántas veces habría visto a la abuela verter en ella sus ingredientes con la actitud de convencida hechicera.

Mi novio, Raúl, no tardó en captar mi ensimismamiento.

*“Llévatela, Carmen; en el piso no tienes de éstas ¿verdad?”*

Cómo explicarle que probablemente muy pocas personas en el mundo tuvieran ya uno de aquellos artilugios de cobre, suplantados progresivamente por las maravillas del acero inoxidable.

---

---

Su intervención acabó por convencerme -seguro que la abuela lo hubiera querido así-.

Agarramos lo seleccionado y nos fuimos finalmente de aquel pequeño pueblo de Jaén, que hubiera pasado desapercibido de no haberse hecho famoso por haber abrigado la muerte a cuchillo de un hombre al que le acababa de tocar la lotería.

De esta forma, entre edredones de invierno, la cacerola llegó a Sevilla y quedó instalada en mi humilde piso de la calle Salado.

Ante todo, hay que aclarar que para mí la cocina no guardaba secretos; que más exactamente representaba un auténtico enigma al que nunca había intentado vencer.

Era ahora, al regresar del hogar de mi abuela, cuando había comenzado a germinar en mí un deseo de aproximación hacia el altar de los sabores, deseo que sabía había tenido siempre, latente desde mi más tierna infancia, cuando la abuela Rosa me sentaba entre sus faldas y me dejaba remover el cocido o jugar con los pequeños pegotes que sobraban de recortar las empanadillas.

La abuela Rosa se jactaba de ser una buena cocinera y, ciertamente, era la mejor. No se trataba solo que fuera una maestra, sino que, además, se dedicaba a ello con un culto y pasión desorbitados, convirtiendo lo que tiene de gusto al paladar en un ritual que se sucedía cada estación. Así, no había semana santa sin torrijas o garbanzos con bacalao; ni navidad sin pestiños ni el tradicional roscón de Reyes. En verano, el salmorejo; para otoño, níscalos con tomate, los domingos, las migas; y arroz con conejo todo segundo viernes de cada mes.

Decidí iniciarme en estas artes para honrar a mi abuela –o sería más bien que en su ausencia estaba decidida a imitarla.

Esa misma tarde, aprovechando que Raúl venía para cenar, me puse manos a la obra. Busqué varias recetas en internet y anduve preguntando por teléfono a mi madre.

Resolví despertar la cacerola de mi abuela con una receta de pollo al tomillo y preparar aparte unos chipirones a la plancha y unos suflés para el postre.

---

---

Los trozos de ave fueron cayendo mansamente al interior de la cacerola en un murmullo de aprobación. La sal, remedio que la abuela Rosa echaba en el umbral de la casa tras la partida de los invitados indeseables, me recordó al verterla las supersticiones que tejían mi mundo a la edad de los ocho años.

Uno a uno, cada ingrediente trajo a mi memoria los consejos tanto escuchados: El romero, símbolo de amor y muerte, presente mismamente en la cabeza de la novia o en las manos del difunto; los ajos, que en ningún caso podían sembrarse durante la luna creciente so pena de salirse de la tierra; y junto a estos, innumerables remedios: cebollas que absorbían enfermedades; el perejil, que curaba la esterilidad o aceite para alejar a las almas sin reposo.

En mitad del proceso, llamaron al timbre. Me sorprendió Ana, la vecina del A, con un escandaloso tiramisú de fresa entre las manos. Decidida a ganar el certamen de repostería que había organizado el centro cívico, venía cada día a pedir opinión sobre un nuevo postre.

*“Carmen, mira éste. Dime si es o no mejor que el flan”.*

Intenté fingir admiración cuando lo único que quería era volver al fuego y, para mi desgracia, acabé con mi actitud por animarla aún más a la charla.

Hacía tiempo que había descubierto que mi amistad con Ana era un arma de doble filo, y la vecina, una remilgosa adúladora dispuesta a apuñalarte por la espalda a la primera de cambio.

Por eso, me limité a mantenerla a raya con una sonrisa tenue y me alegré del primer pretexto que adujo para volver a su casa. En el fondo sabía que solo venía a refregarme sus artes de repostería, conociendo mi incapacidad para hacer tan siquiera un roscó.

Más tarde, sabía, vendría a fanfarronear de su premio.

La tardanza fue fatal. Al volver, un humillo blanco emanaba de la parrilla. Los chipirones estaban pegados en la campana. En el horno, el suflé parecía una pepita de carbón.

---

---

No obstante, la cacerola seguía gorgoteando gustosamente, emanando de su interior el más sano de los olores.

Cuál fue mi sorpresa al descubrir que la hornilla se había apagado.

No me devané mucho en averiguar el motivo. Pero más tarde, cuando Raúl tomó el primer bocado y paró tres segundos a deleitarse en el gusto con los ojos húmedos de placer, intuí que algo de sobrenatural había en todo aquello.

“¿*Qué le has echado?*”, quiso saber. “*¡Esto está de muerte!*”

Tuve que encogerme de hombros, en esa y en todas las ocasiones que días atrás hubieran vuelto loco al más frío de los sujetos.

Poco a poco, se sucedieron los fenómenos inexplicables, empezando por la mañana siguiente, cuando mi madre llegó de visita y se fue llorando desconsolada al probar un estofado de conejo que recién acababa de cocinar. Sin más explicaciones, sólo comentó que se había acordado de una cosa y huyó despavorida con la cara apretada y los hombros hundidos de la vergüenza.

Pese aquella escena, continué ahondando aún más en los secretos que me podía brindar tan extraordinario artilugio; con tanta persistencia y obstinación que quedó muy claro que había pasado a pasión lo que una vez comenzó en experimento.

Raúl venía cada vez con mayor frecuencia, intrigado y apremiante por ser el primero en probar otra de las maravillas.

Así, durante el día, la casa era un crisol de olores especiados, vapores de plantas comestibles y bebedizos de frutas, mientras que por la mañana tan solo flotaba en el ambiente un tenue e inexplicable aroma a albahaca, como la colonia de la abuela.

El colmo fue el día que probé a preparar cazón con almejas y todos los gatos de la barriada se arrebujaron en la terraza a maullar desesperados, como zombis anhelantes de un poco de aquella sustancia que se les había colado en su nariz con bigotes.

---

---

Incluso la vecina, alertada por los olores de ensueño que se volcaban al portalillo y los vapores algodonados que escupían las ventanas, andaba nerviosa con preguntas indiscretas y aires de intriga; aprovechando la menor ocasión para poder colarse hacia el interior de la casa. A tanto llegó su acechanza que finalmente tuve que admitir, sin mucho misterio, que solo estaba probando la cacerola de mi abuela.

Así transcurrían las cosas el día que decidí preparar un bizcocho. Había leído en una revista que podía utilizarse la cacerola como molde y ya no descansé hasta ponerlo en prueba.

Utilicé la receta antigua de mi abuela: las claras de huevo a punto de nieve mezcladas con las yemas, a las que luego se añade ralladura de limón y azúcar; la harina y levadura, para verterlo todo en la cacerola engrasada con mantequilla.

No estaba segura de cuanto tardaba en cocerse, por lo que anduve todo el tiempo dando vueltas al horno, observando a través de la puerta cenicienta. La abuela Rosa, más precavida aún, solía colocar su taburete de coser delante del fogón para no perder detalle; recomponiendo botones entre vistazo y vistazo.

Ahora puedo decir que verdaderamente creía -sentía- a mi abuela a través de la cacerola. En toda aquella sucesión de disparates, no me cabía ya la menor duda, que de ser ciertos los peores presagios, y haber abandonado este mundo, parte de su ser permanecía conmigo, alentándome a retomar su pasión más preciada.

Tal era mi convicción que no me sorprendí cuando la masa del bizcocho comenzó a crecer y crecer, más allá de lo previsto e incluso de las leyes físicas, llegando a rebasar el borde del recipiente sin llegar a desbordarse.

La maravilla fue tal que hasta incluso luego en la mesa, la masa en reposo continuaba subiendo, mientras su olor azucarado se desprendía en un templado soplo. La fragancia se extendió pronto por toda la casa y me obligó a abrir las ventanas ante la sensación de ahogo.

Drogada por el aroma, decidí bajar a la calle a despejar la mente.

---

---

Cuando llegué, aún olía con intensidad, pero el dulce había desaparecido. En su lugar, una nota de Raúl indicaba con letra de molde: *“He llevado el bizcocho al certamen de repostería”*.

Recuerdo claramente la sensación de tragedia que me estremeció el cuerpo en ese instante y aún después, cuando Raúl entró por la puerta triunfante, con un diploma en una mano y el premio del concurso en la otra.

El pobre tuvo que sentirse algo incomprendido ante mi reacción.

*“¡Pero si has ganado! El jurado estaba sorprendido; nunca había visto un bizcocho tan grande... y delicioso además. Quieren hacerte una entrevista”*.

Me enojé tanto que Raúl terminó por abandonar la casa con un portazo.

Como me esperaba, Ana apareció al cabo por la puerta, enfurruñada, acusándome de traición.

*“¡Y yo, como una tonta, enseñándote mis pasteles!”*

De nada sirvieron mis intentos por excusarme. Ana sabía muy bien a qué venía.

*“¡La cacerola esa de tu abuela que estabas probando tanto! Déjamela, que voy a comprarme una”*.

Como una exhalación, se precipitó hasta la cocina. La cacerola reposaba en el escurridor, aún perlada de gotitas húmedas, como si sudara de miedo.

Ana la arrebató y la rodeó fuertemente con sus brazos de lagartija ávida.

*“¡Suéltala!”*, le ordené, al tiempo que la perseguía a través del apartamento, con un nudo enorme en la garganta.

Ya en el umbral, logré asirla por un asa; y continué así, en un pulso con la vecina.

*“¡Suéltala!”*.

---

---

Y vaya si la soltó; la cacerola calló escaleras abajo, besando los peldaños impares a cada sonoro bote. Los vecinos asomaron progresivamente la nariz en los portales, convencidos de que el piso se caía a pedazos.

Conteniéndome las ganas de abofetear a Ana, me precipité por las escaleras, bajando tras la cacerola como alma que lleva al diablo, hasta que la vi finalmente rodar y reposar tranquila en el rellano, en un tintineo abollado.

Me senté en el suelo, enojada y temblorosa, con los ojos anegados en lágrimas. En mi pesar la lloré como si se tratara de la abuela; quizás porque verdaderamente había creído reconocerla todo este tiempo a través del maltratado artilugio.

Estuve así media hora, sin que los vecinos consiguieran despegarme de la cacerola malparada, a la que me aferraba como salvavidas. Luego me dieron ya por perdida y quedé sola, en un mutis de desesperación.

Pasado un rato, me levanté y resolví acabar con todo. Salí a la calle, de camino al contenedor.

Las piernas aún me temblaban y fui a echar un último vistazo cuando reparé, al reflejo de la luz de la calle, en pequeñas letras que, como garabatos, grababan el fondo de mi cacerola arruinada: *PEQUEÑA CARMEN: ESTOY EN CUBA. BÚSCAME A ESTA DIRECCIÓN. TU ABUELA QUE TE QUIERE.*

No recuerdo muy bien aquel instante, si reí, lloré; reí, me atraganté y volví a llorar de nuevo. Fue toda una conmoción.

Giré sobre mis pasos, volví al piso y ya no volví a salir en siete días por una calentura.

Nada más me repuse, saqué los billetes de avión.

Más tarde descubriría que la abuela Rosa había volado con un premio de la primitiva, temerosa de hallar en su pueblo el mismo destino aciago que aquél infeliz degollado al celebrar la lotería.

---



---

Ya en Cuba, lugar donde pasó parte de su infancia, había abierto una cadena de hoteles y restaurantes, continuando su imperio culinario al otro lado del océano.

Años después del reencuentro, al preguntarle por la cacerola, salió al paso con una sonrisa pícaro y una tosecilla tenue.

*“En verdad, puede ser que dejemos algo de nosotros mismos en todo lo que hacemos”*, tan solo comentó.

---